

de referencias documentales fiables, por una parte había desaparecido la correspondiente tradición y, por otra, no se habían aún acometido investigaciones arqueológicas suficientemente rigurosas. Los últimos veinte años, por el contrario, han renovado el interés por el estudio de la Antigüedad en la zona, actualizando el conocimiento que se tenía de este período a través de las abundantes campañas arqueológicas acometidas. Ello ha permitido establecer la secuencia ocupacional del núcleo urbano, la entidad del asentamiento ibérico y la metamorfosis que se operó como consecuencia de la fundación de la colonia romana. Al mismo tiempo, se han visto ampliadas las evidencias de la evolución territorial en el entorno del valle del Fardes y del Marquesado del Cenete.

No obstante todo lo antedicho, tal y como señala Cristóbal González, la obra de Asenjo afrontó y superó los condicionantes existentes, introduciéndonos en los períodos antiguos y medievales, al tiempo que despojaba su conocimiento de las leyendas de anticuarios y cronistas.

*Inmaculada PÉREZ ANDRADE*

**ANDRÉS M. ADROHER, ANTONIO LÓPEZ MARCOS, JUAN A. PACHÓN ROMERO. *La cultura ibérica*. Granada, Diputación, 2002. 169 págs.**

La Cultura Ibérica se desarrolló en la franja costera mediterránea y regiones limítrofes del interior entre el siglo VI a.C. y el cambio de Era. No es un mundo culturalmente homogéneo en toda su extensión territorial, ni estático durante su periodo de vigencia. Lo que llamamos Cultura Ibérica es en realidad un mosaico de pueblos que las investigaciones recientes están consiguiendo diferenciar cada vez con más detalle.

El mundo ibérico se gesta por la influencia de los pueblos colonizadores mediterráneos en la población indígena protohistórica. En primera instancia son los fenicios los que entre los siglos VIII y VII a.C. aportan a las gentes indígenas técnicas avanzadas —torno de alfarero, desarrollo de la metalurgia del hierro y la plata, arquitectura de planta cuadrada, etc.— que van a generar la creación de una nueva estructura económica —extensión de la agricultura, apertura comercial a otros centros mediterráneos— y pondrán las bases de un nuevo orden social. A partir del siglo VI a. C. muy avanzado, y cuando el monopolio comercial fenicio ha decaído definitivamente, es cuando los pueblos peninsulares entran en contacto con el mundo griego, siempre dentro de los cauces del comercio. El factor griego no influye, pues, en la génesis de la Cultura Ibérica, sino que matiza algunos de sus rasgos culturales una vez que dicha cultura ha construido su propia personalidad.

Los íberos viven en poblados de distintas categorías, la mayoría situados sobre cerros destacados y de buena visibilidad, y en el entorno de buenos terrenos de aprovechamiento agrícola; algunos de estos poblados reúnen los requisitos arquitectónicos y sociales como para ser clasificados como verdaderas ciudades. Todos los poblados están amurallados, presentan un trazado urbano más o menos organizado y elementos de infraestructura de uso comunal, como desagües y canalizaciones, plazas o espacios públicos. En la arquitectura doméstica siempre se utilizan materiales pobres, barro piedra y madera, y en el interior de las viviendas los ajuares son bastante homogéneos, por lo que resulta imposible distinguir las edificaciones destinadas a albergar la jefatura política.

Es extremadamente difícil delimitar, desde un punto de vista étnico y geográfico, los distintos pueblos indígenas que ocuparon el territorio granadino. De forma genérica se puede afirmar que en el ámbito de la Alta Andalucía se constata la presencia de cuatro grandes zonas de poblamiento ibero, que de sur a norte y de este a oeste son: bástulos o bastetanos, túrdulos o turdetanos (Obulco, Porcuna) y oretanos-mentesanos (Cástulo, Linares), sin tener en cuenta a los mastienos que, en época anterior ocupaban prácticamente estos mismos territorios. Estrabon, Mela, Plinio y Ptolomeo son los autores clásicos que citan a los bastetanos. La mayor parte de la región granadina estaba ocupada por ellos, teniendo en Basti (Baza) su núcleo urbano más destacado.

Conocemos muy poco de las características de las ciudades iberas, pero, a pesar de la escasez de investigación arqueológica, por los trabajos realizados en varios asentamientos bastetanos, como son Cerro del Real de Galera, Cerro del Cepero de Baza, las Angosturas de Gor, los Castillejos de Montefrío, los Castellones de Laborcillas o el Cerro de los Infantes, entre otros, se puede afirmar que en esta época vuelven a desarrollarse las necesidades defensivas que obligan a ocupar las cimas de cerros elevados y de difícil acceso.

Las tierras de Huéscar, Baza, Guadix y Granada, por su extraordinaria situación geográfica, alcanzan una fase de gran esplendor, al conectar los centros mineros del Alto Guadalquivir con las poblaciones del Levante y, en consecuencia, con los grupos comerciales atenienses. Dicho auge se refleja en el elevado nivel de riqueza que adquieren durante los siglos V y IV a. C. muchas de las necrópolis bastetanas. En ellas se aprecia el alto grado de desarrollo que se alcanzó en las técnicas constructivas. En este sentido hemos de mencionar la necrópolis de Tutugi, en Galera, que presenta más de un centenar de sepulturas tumulares, con cámaras de planta cuadrada y rectangular y construidas con mampostería y sillería.

La necrópolis del Cerro del Santuario de Baza no presenta una arquitectura monumental pero sí ajuares de elevada riqueza, como el de la tumba donde apareció la Dama de Baza. Esta necrópolis, excavada por F. Presedo, ofrece una

gran variedad de tumbas que reflejan la complicada estratificación social alcanzada por el mundo ibérico y las variaciones que sufrió el ritual a lo largo de su período de utilización. Se distinguen, según F. Presedo, varios tipos de tumbas, desde el más sencillo, que consta de una simple fosa en la que se introduce la urna con las cenizas y ajuar simple, pasando por otros tipos de estructura más compleja y mayores ajuares, hasta llegar al tipo monumental como es la tumba en la que se encontró la Dama de Baza.

*José Antonio VILLANUEVA MÁRQUEZ*

**ANTONIO LUIS CORTÉS PEÑA, MIGUEL LUIS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, ANTONIO LARA RAMOS (eds.). *Iglesia y sociedad en el Reino de Granada (ss. XVI-XVIII)*. Granada, Universidad, 2003. 604 págs.**

En octubre de 2001 se celebró en Guadix el segundo coloquio organizado por el Seminario de Estudios “Sociedad, Iglesia y Cultura” de la Universidad de Granada, cuyas aportaciones científicas se reúnen en este volumen. Como señalan los editores, “la reunión era fruto del trabajo continuado de dicho Seminario, cuyos objetivos siguen siendo profundizar en el conocimiento de lo que supuso la acción de la Iglesia católica en la sociedad española del Antiguo Régimen, ya que pensamos que, sin llegar a comprender lo que significaron los factores religiosos en la trayectoria vital de aquellos hombres y mujeres, difícilmente podemos explicarnos nuestra realidad actual que tanto debe, en sus facetas positivas y negativas, al protagonismo alcanzado por dichos factores en la formación de las mentalidades colectivas”.

Naturalmente, la celebración de las jornadas en la sede episcopal debía por fuerza marcar el desarrollo de las sesiones mediante una mayoritaria presencia de estudios e investigaciones referidos a dicho ámbito geográfico, por lo que el resultado es de un gran interés por sus aportaciones al conocimiento del territorio durante la Edad Moderna. Las líneas argumentales se movieron desde el estudio de la Iglesia institucional al de los problemas causados por el establecimiento de las órdenes religiosas, desde el análisis de la actuación y de la prepotencia del tribunal del Santo Oficio al de la religiosidad popular, desde la beneficencia a los conflictos poder civil-poder eclesiástico, desde la incidencia de la religión en la cultura al de las fiestas, desde la religiosidad morisca a la de los cristianos viejos, desde las artes plásticas a la importancia de las actividades musicales.

Así, las visitas inquisitoriales a la diócesis de Guadix son analizadas por José María García Fuentes a lo largo de dos etapas en los siglos XVI y XVII, realizándose sobre la zona a partir de la rebelión de los moriscos. Antonio Lara Ramos incluye sendas comunicaciones sobre los jesuitas en Guadix y los conflictos civiles y eclesiásticos durante el siglo XVIII en la capital diocesana. Francisco Tristán García presenta un estudio acerca de las festividades impulsadas, con-